

The book cover features a dramatic scene of the Brandenburg Gate in Berlin at dusk. The monument is illuminated from below, casting a warm orange glow. The sky is a deep, dark blue, filled with several vintage fighter jets flying in formation. The title 'WILBUR SMITH' is written in large, bold, white capital letters at the top, while 'GRITO DE GUERRA' is in smaller, bold, yellow capital letters below it. The author's name 'CON DAVID CHURCHILL' is at the bottom in yellow. The overall composition is dynamic and evokes a sense of historical conflict.

WILBUR SMITH

GRITO DE GUERRA

CON DAVID CHURCHILL

Saffron es la más arrojada entre los nuevos miembros de la familia Courtney. Creció en una agitada Kenia bajo la mirada atenta de su padre, el prominente hombre de negocios y veterano de guerra León Courtney. Tuvo una infancia idílica, hasta que una tragedia familiar la obligó a crecer de golpe. Convertida en una joven llena de determinación, su sed de aventuras la conduce hasta Inglaterra, donde se ve arrastrada al corazón de la tormenta que se cierne sobre Europa en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Gerhard es el hermano menor de Konrad von Meerbach, heredero de una fortuna industrial y admirador de los nazis. Idealista y comprometido, Gerhard se opone a las inclinaciones políticas de su hermano y lucha para mantenerse firme en sus principios. Su amistad con un judío lo pone en riesgo y lo obliga a tomar partido contra las fuerzas malignas que se han apoderado de su familia y de su país. Pero, sin imaginarlo siquiera, se encuentra de pronto atrapado en una trama siniestra que puede costarle lo que más ama.

Mientras tratan de sobrevivir en medio del peligro, las vidas de Saffron y Gerhard se cruzan sorpresivamente. Tienen mucho en común pero ¿podrá ser más poderoso lo que los une que lo que los separa?

Grito de guerra es el regreso triunfante de Wilbur Smith a la aclamada saga de los Courtney. Una historia de amor, espionaje y suspenso, escrita con el pulso inigualable del maestro de la novela de aventuras.

Dedico este libro –Grito de guerra– a mi esposa Mokhiniso que ha sido mi total alegría e inspiración a lo largo de las últimas y muchas décadas de mi vida y lo será en todas las que vendrán.

Te amo, mi Mujer Maravilla.

Habían pasado dos meses desde que se había declarado la guerra y el sol de otoño que brillaba en el claro cielo azul de Baviera era tan glorioso que parecía pedir a gritos cerveza para beber y canciones cantadas con voces alegres y llenas de entusiasmo. Pero la Oktoberfest había sido cancelada y la limusina Double Phaeton que avanzaba por el corto sendero de entrada a la residencia en Grünwald, en las afueras de Múnich, portaba noticias que no eran precisamente alegres.

El auto se detuvo. El chofer abrió la puerta del pasajero para que bajara un distinguido caballero de unos sesenta años. Un mayordomo uniformado lo hizo entrar a la casa. Un momento después, Athala, condesa de Meerburg, levantó la vista cuando el abogado de la familia, *Herr Rechtsanwalt* Viktor Solomons, ingresó a la sala. Su cabello y barba ahora eran plateados y su paso era menos vigoroso de lo que había sido alguna vez, pero la impecable hechura de su traje, el blanco brillante de su cuello perfectamente almidonado y el brillo impecable de sus zapatos reflejaban una mente que todavía era tan precisa, tan aguda y perspicaz como siempre.

Solomons se detuvo delante del sillón que ocupaba Athala, saludó respetuosamente con una ligera inclinación de cabeza y dijo:

–Buenos días, condesa.

Su estado de ánimo era apagado, pero eso era de esperar, se recordó Athala a sí misma. El amado hijo de Solomons, Isidore, estaba lejos, en el frente. Ningún padre podría sentirse despreocupado sabiendo que la supervi-

vencia misma de su hijo estaba en ese momento a merced de los dioses de la guerra.

–Buenos días, Viktor, qué placer inesperado verlo. Por favor, tome asiento. –Athala extendió una delicada mano hacia el sillón que tenía enfrente. Luego volvió su atención hacia el mayordomo que había acompañado al invitado y permanecía allí a la espera de nuevas instrucciones–. Café, por favor, Braun, para *Herr Rechtsanwalt* Solomons. ¿Quiere un pastel, Viktor? ¿Un poco de *strudel*, tal vez?

–No, gracias, condesa.

Athala se dio cuenta de que había un tono sombrío en la voz de Solomons, y parecía inusualmente reacio a mirarla a los ojos. «Tiene malas noticias», pensó ella. «¿Se tratará de los muchachos? ¿Le habrá ocurrido algo a alguno de ellos?».

Se dijo a sí misma que debía mantener la calma. No sería adecuado manifestar los propios temores, especialmente no mientras un sirviente estuviera todavía en la habitación.

–Eso es todo, Braun.

El mayordomo se retiró. Athala sintió un repentino deseo de demorar las malas noticias por apenas unos segundos más.

–Cuénteme, ¿cómo le está yendo a Isidore? Espero que esté bien y a salvo.

–Oh, sí, muy bien gracias, condesa –respondió Viktor, con aire distraído, como si su mente no estuviera del todo concentrada. Pero estaba tan orgulloso de su amado hijo que no pudo resistirse, y añadió–: Como usted sabe, el comandante de la división de Isidore es el propio príncipe heredero Wilhelm. ¡Imagínese! Recibimos una carta suya la semana pasada en la que decía que ya participó en su primer combate. Aparentemente, el comandante manifestó que su conducta bajo fuego fue admirable.

–Estoy segura de que así fue. Isidore es un excelente joven. Y bien... ¿De qué se trata, Viktor, qué lo trae por

aquí?

Solomons vaciló un segundo para ordenar sus pensamientos y luego suspiró:

–Me temo que no hay otra forma de decir esto, condesa. El Ministerio de Guerra en Berlín me informó hoy que su esposo, el *Graf Otto von Meerbach*, ha muerto. El general Von Falkenhayn consideró que era mejor que la noticia le fuera dada por alguien conocido, y no que simplemente se enterara por un telegrama o por la visita de algún oficial desconocido.

Athala se recostó sobre el respaldo de su sillón, con los ojos cerrados, incapaz de decir una palabra.

–Sé que esto debe ser muy angustiante –continuó Solomons, pero la angustia era lo último que ella tenía en su mente. Su sentimiento más abrumador fue de alivio. Nada les había sucedido a sus hijos. Y finalmente, después de tantos años, ella era libre. No había ya nada que su marido pudiera hacer para seguir lastimándola.

Athala se controló. Había sido educada desde su más tierna infancia para acomodar sus delicados rasgos de porcelana en una expresión de elegancia serena y aristocrática, cualesquiera fueran las circunstancias. Esconder sus verdaderos sentimientos detrás de esa máscara se había convertido para ella en algo del todo natural, tal como las aguas de un estanque esconden las patas constantemente en movimiento del cisne y le permiten deslizarse con esa aparente facilidad sobre su brillante superficie.

–¿Cómo murió? –preguntó ella.

–En un accidente aéreo. Me han informado que Su Excelencia estaba en una misión de la mayor importancia para el Imperio Alemán. Los detalles son secretos, pero estoy autorizado a informarle que el accidente ocurrió en África Oriental Británica. El conde estaba volando a bordo de su nueva y magnífica aeronave *Assegai*. Este era su primer viaje.

–¿Los británicos lo derribaron, entonces?

—No lo sé. Nuestro embajador en Berna fue notificado por su homólogo británico de que el conde había muerto. Fue un gesto de cortesía, en honor a la importancia de su difunto esposo. Tengo entendido, sin embargo, que los británicos no tienen ninguna unidad aérea en África, así que debemos suponer que se trató de algún tipo de accidente. El gas que se usa para hacer ascender a estos «dirigibles» suele, aparentemente, ser muy inestable.

Athala miró a Solomons directamente a los ojos y habló con gran serenidad.

—¿Estaba ella a bordo del *Assegai* en ese momento?

El abogado no necesitaba que le dijeran quién era «ella». Digamos de paso que nadie siquiera remotamente familiarizado con la alta sociedad alemana necesitaba que se lo dijeran. El conde Von Meerbach había sido siempre un notorio mujeriego, pero en los últimos años se había obsesionado con una amante en particular, una belleza deslumbrante, de pelo oscuro, casi negro y lustroso y ojos azul violeta llamada Eva von Wellberg. El conde le había suplicado a Athala que se divorcieran para poder convertir a la Wellberg en su esposa, pero ella se había negado. Su fe católica no le permitía poner fin a su matrimonio. De todos modos llegaron a un acuerdo. La condesa Athala viviría, con sus dos hijos pequeños, en su villa clásica y perfectamente proporcionada en el pequeño y elegante pueblo al suroeste de Múnich, donde se podían encontrar los miembros más destacados de la sociedad bávara. Y el conde Otto, por su parte, conservaría su castillo familiar en las costas del lago Constanza. Y allí residía su amante, o como Athala pensaba de ella, su puta. Él veía a sus hijos en las raras ocasiones en que podía hacerlo, o se mostraba remotamente dispuesto a dedicar algún tiempo para ocuparse de ellos.

—El *Assegai* estaba estacionado en los terrenos de los establecimientos Meerbach Motor —explicó Solomons, refiriéndose al gigantesco complejo industrial que era la ba-

se de la fortuna familiar—. Altos ejecutivos de la compañía que asistieron a la partida de la aeronave me dijeron que vieron a una mujer que subía al aparato. El Ministerio de Guerra también me informó que el *Assegai* cayó con todas las personas a bordo. No hubo sobrevivientes.

Athala permitió que una leve y amarga sonrisa atravesara su rostro.

—Ni siquiera voy a fingir que lamento que ella esté muerta.

—Ni yo puedo pretender criticarla por eso. Sé muy bien cuánto ha sufrido usted por culpa de ella.

—Querido Viktor, usted es siempre tan amable y justo. Usted es... —Hizo una pausa para corregirse—, era el abogado de mi marido, pero nunca ha hecho nada para lastimarme.

—Soy el abogado de la familia, condesa —la corrigió gentilmente Solomons—. Y mientras usted sea y siga siendo parte de la familia Von Meerbach, siempre consideraré que es mi cliente. Ahora bien, ¿puedo preguntarle si está ahora dispuesta a hablar de algunas de las consecuencias de la trágica muerte de su marido?

—Sí, sí, por supuesto —respondió Athala, y luego, por razones que ella no pudo explicarse del todo, de repente sintió la pérdida ante la que había estado insensible hasta ese momento. A pesar de todo lo que ella había sufrido, siempre había rezado para que algún día su esposo pudiera ver el error de su conducta para dedicarse a su familia. En ese momento toda esperanza de que ello ocurriera había desaparecido. Comenzó a llorar y metió la mano en el bolso que tenía a sus pies, buscando un pañuelo.

—¿Puedo? —preguntó Solomons, e hizo el gesto de sacar un pañuelo del bolsillo.

Pero ella le hizo un gesto con la mano, negando con la cabeza, sin poder todavía hablar. Finalmente encontró lo que estaba buscando, se llevó el pañuelo a los ojos, se secó la nariz, respiró profundamente y dijo:

–Por favor, perdóneme.

–Mi querida condesa, usted acaba de perder a su marido. A pesar de las dificultades a las que usted se haya enfrentado, él seguía siendo el hombre con el que se casó, el padre de sus hijos.

Ella asintió con la cabeza y habló con tristeza.

–Parece que no tengo un corazón de piedra después de todo.

–Yo, por mi parte, jamás supuse que fuera así. Ni por un instante.

Ella hizo un gesto de agradecimiento inclinando la cabeza. Luego habló.

–Por favor, continúe... Creo que usted iba a hablar de las consecuencias de... –No podía usar la palabra «muerte» y solo dijo—: de lo que ha ocurrido.

–En efecto. Lamentablemente no podrá haber un funeral, pues si el cuerpo ha sido recuperado, los británicos ya deben haberlo enterrado.

–Mi marido murió sirviendo a su país en el extranjero –sentenció Athala, a la vez que enderezaba la espalda y recuperaba su serena compostura—. Eso era de esperar.

–En efecto. Pero creo que sería del todo apropiado, es más, es lo que se espera, que se realice un servicio religioso en su memoria, tal vez en la *Frauenkirche*, la catedral de Múnich, o tal vez usted prefiera en el *Schloss Meerbach*, en la capilla del castillo familiar, o incluso un servicio en las instalaciones industriales de la familia, sería muy apropiado.

–La *Frauenkirche* –dijo Athala, sin dudarle un momento—. No creo que una fábrica sea el lugar adecuado para conmemorar a un conde del Imperio Alemán y la capilla en el *Schloss* es demasiado pequeña para acomodar a la cantidad de personas que van a querer asistir. ¿Podría alguien de su estudio ponerse en contacto con la oficina del arzobispo, para reservar una fecha adecuada y asistir con la preparación evento?

—Por supuesto, condesa, eso no será ningún problema. ¿Puedo sugerir el Bayerischer Hof para la recepción después del servicio? Si usted le da al gerente las indicaciones generales, el personal del hotel sabrá exactamente cuál es la mejor manera de llevar a cabo lo que usted desea.

—Me temo que ni siquiera puedo empezar a pensar en eso en este momento. —Athala cerró los ojos, tratando de ordenar el montón de pensamientos y emociones que se mezclaban en su cabeza. Luego preguntó—: ¿Qué será de mis hijos y de mí?

—Bueno, la amplitud y variedad de las posesiones del conde hacen que su testamento sea inusualmente complejo. Pero los datos esenciales son que la propiedad familiar aquí en Baviera, y una participación mayoritaria en los establecimientos industriales, todos van a su hijo mayor, Konrad, junto con el título de *Graf* von Meerbach. Su hijo menor, Gerhard, tendrá una participación menor en la empresa. Las diversas propiedades y los ingresos que generen se mantendrán en fideicomiso para cada hijo hasta que cumplan veinticinco años. Mientras llega ese momento, cada uno recibirá un subsidio generoso, más el costo de su educación, por supuesto. Cualquier gasto adicional deberá ser aprobado por los administradores de los fideicomisos.

—¿Y quiénes serán?

—En primera instancia, usted y yo, condesa.

—Dios mío, imagínese... Otto me concede ese poder.

—Era un tradicionalista. Sintió que una madre debería hacerse cargo de la crianza de sus hijos. Pero notará que dije «en primera instancia». Una vez que Konrad tenga veinticinco años y se haga cargo de los asuntos de la familia, también asumirá el papel de fiduciario de su hermano, que tendrá dieciocho años.

—De modo que durante siete años, Gerhard tendrá que recurrir con la cabeza gacha a Konrad si alguna vez necesi-

ta algo...

–En efecto.

Athala frunció el ceño.

–Me preocupa que un hermano pueda tener tanto poder sobre el otro.

–Su Excelencia creía firmemente que una familia, como un país, requería el liderazgo fuerte de un solo hombre.

–¿Acaso él...? Supongo que yo estoy bien protegida.

–Oh, sí, no debe preocuparse por eso. Retendrá usted el dinero de su propia familia, al que se le agregarán todos los bienes, joyas, obras de arte y demás que recibió durante su matrimonio, y recibirá un subsidio anual muy generoso por el resto de su vida. También tendrá un lugar en el directorio.

–No me importa el maldito directorio –exclamó Athala—. Son mis muchachos los que me preocupan. ¿Dónde se supone que vamos a vivir?

–Depende enteramente de usted, si desea residir aquí en Grünwald, o en el *Schloss Meerbach*, o en ambos lugares. Su Excelencia ha dispuesto un dinero para el mantenimiento del castillo y sus terrenos, y para el empleo de todo el personal requerido para mantener el nivel de vida que él mismo exigía. Usted será la señora del *Schloss Meerbach* una vez más, si así lo decide.

–Hasta el vigésimo quinto cumpleaños de Konrad...

–Sí, entonces él será el señor del castillo.

* * *

Una vez que Solomons se retiró, Athala subió al cuarto de los juguetes donde Gerhard estaba jugando. Ella lo veía como un regalo de Dios, una bendición inesperada cuyo nacimiento había traído un raro momento de alegría en un matrimonio que estaba mucho más allá de toda redención. Gerhard fue concebido la última noche en que Atha-

la y Otto durmieron juntos. Fue un acto breve y superficial, y él se fue con *Fräulein* von Wellberg la noche en que Gerhard nació. Pero eso, precisamente, hacía que su bebé fuera aún más valioso para Athala.

Se preguntó cómo iba a explicarle que su padre había muerto. ¿Cómo se le dice a un niño de tres años ese tipo de cosas? Por el momento, ella no tuvo el coraje de interrumpir a Gerhard mientras jugaba con los ladrillos de madera que eran su juguete favorito.

Athala siempre encontraba fascinante observar a su hijo cuando organizaba los ladrillos de colores brillantes. Tenía una comprensión instintiva de la simetría. Si colocaba un ladrillo de cierto color o forma en un lado de su último castillo, o casa, o granja (Gerhard siempre supo exactamente lo que estaba construyendo), entonces otro, idéntico, tenía que ir en el lado opuesto.

Ella se inclinó y lo besó en la cabeza.

—Mi pequeño arquitecto —murmuró, y Gerhard sonrió con placer, porque ese era su favorito entre todos los sobrenombres cariñosos que ella usaba para él.

«Se lo diré», se dijo Athala a sí misma, «pero no todavía».

Les dio la noticia a sus dos hijos después de que Konrad regresara de la escuela. Solo tenía diez años, pero ya se consideraba a sí mismo como el hombre de la casa. Como tal, se esforzó por no mostrar ningún signo de debilidad cuando le dijeron que el padre al que tanto se parecía había muerto. En cambio, quiso conocer todos los detalles de lo que había sucedido. ¿Su padre había estado luchando contra los ingleses? ¿Cuántos de ellos había matado antes de que lo atraparan? Cuando Athala no pudo darle las respuestas que necesitaba, Konrad se enfureció y dijo que ella era una estúpida.

–Papá tenía razón en no amarte –se burló–. Nunca fuiste lo suficientemente buena para él.

En otro momento, Athala podría haberle dado un golpe por eso, pero en ese momento lo dejó pasar. Luego, la furia de Konrad desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido y preguntó:

–Si mi padre está muerto, ¿eso significa que ahora yo soy el conde?

–Sí, tú eres el *Graf* von Meerbach.

Konrad dio un grito de alegría.

–¡Soy el conde! ¡Soy el conde! –canturreó, marchando por el cuarto de los juguetes, como un regordete guardián pelirrojo–. ¡Puedo hacer lo que quiera y nadie puede detenerme!

Se detuvo junto al edificio que Gerhard había levantado, ladrillo por ladrillo, hasta llegar a ser casi tan alto como su autor.

–¡Eh, Gerdi, mírame!

Gerhard miró a su hermano mayor, sonriendo inocentemente.

Konrad pateó la maravillosa construcción de Gerhard, esparciendo sus ladrillos por todo el suelo del cuarto de juegos. Luego la pateó de nuevo, una y otra vez hasta que quedó completamente destruida, y no quedó nada más que los coloridos escombros que alfombraban la habitación.

El pequeño rostro de Gerhard se arrugó angustiado y corrió llorando hacia su madre.

Mientras envolvía con sus brazos a su bebé, ella miró al niño conde que en ese momento se erguía orgullosamente sobre la destrucción que había causado y se dio cuenta con amarga desesperación de que había sido liberada de su esposo, solo para ser esclavizada nuevamente por su hijo, más terrible todavía.

La delgada niña llevaba un par de pantalones de montar que flameaban alrededor de sus muslos ya que carecía de la carne necesaria para llenarlos. Su media melena de pelo negro, que normalmente no estaba retenida por cintas ni broches de ningún tipo, había sido recogida en un pequeño rodete para ser usado debajo de la gorra de montar. Su cara pecosa estaba bronceada de un color marrón dorado y sus ojos eran del color azul claro y puro de los cielos africanos que habían cubierto todos los días de su vida.

Alrededor de ella, las colinas cubiertas de hierba, adornadas con brillantes arroyos, se extendían hasta el horizonte como si las Tierras Altas de Escocia hubieran sido transportadas al Jardín del Edén: una tierra mágica de fertilidad sin límites, de una escala inabarcable y una naturaleza excitante e indomable. Allí los leopardos holgazaneaban en las ramas de los árboles, que también eran el hogar de monos que parloteaban y serpientes, como la brillante e iridiscente mamba verde o la tímida pero fatalmente venenosa serpiente de árbol, la *boomslang*. La hierba alta hasta la cabeza ocultaba leones con afilados colmillos y garras y, más mortífero aún, el búfalo, cuyos cuernos podían penetrar profundamente en las entrañas de un hombre con la misma facilidad con que una aguja de coser atraviesa el delicado lino.

La niña apenas si pensaba en estos peligros, ya que no conocía otro mundo que ese y, además, tenía cosas mucho más importantes en su mente. Estaba acariciando el hocico aterciopelado de su poni, una yegua alazana criada en Somalía de la que se había vuelto inseparable desde que la había recibido como regalo de su séptimo cumpleaños, ocho meses atrás. El caballo se llamaba Kipipiri, que era a la vez la palabra *swahili* para «mariposa» y el nombre de la montaña que se alzaba en el horizonte oriental y brillaba en la bruma del calor como un espejismo.

–Mira, Kippy –le habló la niña, en un murmullo bajo y tranquilizador–. Mira a todos esos chicos desagradables y sus horrendos sementales. ¡Mostrémosles lo que podemos hacer!

Dio la vuelta hacia el costado del poni y, desdeñando el ofrecimiento de un empujón de su caballerizo, puso un pie en el estribo más cercano, lo empujó y saltó a la silla de montar con la misma agilidad que un jinete en el día del Derby. Luego se inclinó hacia adelante a lo largo del cuello de Kipipiri, acariciándole la crin, y le susurró al oído:

–¡Vuela, cariño, vuela!

Poseída por un estimulante torbellino de emociones en el que el orgullo, la anticipación y la excitación vertiginosa chocaban contra el nerviosismo, la aprensión y el anhelo desesperado de no quedar como una tonta, la niña se dijo a sí misma que debía calmarse. Hacía tiempo que había aprendido que su amada Kippy podía percibir sus emociones y sentirse afectada por ellas y lo último que necesitaba era una cabalgadura nerviosa, asustadiza y exaltada. De modo que respiró hondo, tal como le había enseñado su madre, antes de dejar que el aire saliera suave y lentamente hasta sentir que la tensión se relajaba en sus hombros. Luego se irguió e incitó al poni con los talones para que fuera al paso, levantando el polvo de la tierra rojiza mientras avanzaban hacia el portón de inicio del espacio para la exhibición de salto que había sido preparado en uno de los terrenos del Club de Polo del Valle Wanjohi para su competencia de saltos de 1926.

Los ojos de la niña estaban fijos en las vallas alzadas en puntos aparentemente aleatorios alrededor de la pista. Y un solo pensamiento llenaba su mente: «¡Voy a ganar!».

Habían colgado un altoparlante en una de las vigas de madera que sostenían el techo de metal corrugado sobre